viduos de todo rango, de toda edad, raza y color que se mueven sobre la superficie de la tierra, les pregunta: «¿Qué eres?», no hay uno que no te deba responder: «Soy un sentenciado a muerte». Sí, sentenciado a ser despojado de todo, separado de todo, olvidado de todos, devorado por los gusanos y reducido a polvo. ¡Oh miseria del hombre!

Por consiguiente, considerada en sí misma esta vida, no es la vida. No es la vida, puesto que no tiene nada de lo que la constituye, ni en cuanto al espíritu, ni en cuanto al cuerpo, ni en cuanto al goce, ni en cuanto a la duración: *Vita mortalis*.

Esta vida es más bien una muerte viviente, *mors vitalis*, supuesto que se devora a sí misma en cada minuto y no tiene nada que sea definitivo. Al contrario, todo se encuentra siempre en estado de formación o de decadencia; lo mismo dentro que fuera de nosotros, todo cambia incesantemente, todo se altera, todo se descompone, todo se precipita, y las pompas de este mundo acaban todas en pompas fúnebres.

Con esta conclusión doy fin a esta carta. Bien corto de alcances o muy desventurado será el que no la acepte como una verdad indiscutible.

Tu afectísimo...

CARTA UNDÉCIMA

SUMARIO: Esta vida no corresponde a la idea de Dios, que la da. — Suponer lo contrario es negar la bondad de Dios. — Su sabiduría. — Su omnipotencia. — Es negar a Dios mismo. — Es acusar al género humano de locura incurable. — Oráculos divinos sobre los que toman esta vida por la vida.

QUERIDO AMIGO:

La vida presente no corresponde de modo alguno a la naturaleza del hombre que la recibe. Luego bajo este primer aspecto no es la vida. Resta ver si cuadra mejor a la idea de Dios, que la da.

Dios es el ser por esencia: *Ego sum qui sum* Siendo el ser, posee todo lo que constituye el ser, y lo posee con infinita perfección: si no, dejaría de poderse llamar el ser propiamente dicho. Dios es, pues, la bondad infinita, la sabiduría infinita, el poder infinito. Bondad infi-

nita, que no puede querer ni hacer más que el bien; nunca el mal, ni moral ni físico, ni temporal ni eterno. Sabiduría infinita, que ni puede engañarse ni engañarnos. Poder infinito, que nada le puede estorbar ni limitar.

Dios, criador y padre, ha puesto en el fondo del corazón humano tan invencible necesidad de la vida, que nada puede ni dominarla ni debilitarla. Mas hemos visto, y lo hemos visto bien, que la vida presente está muy lejos de satisfacer esta imperiosa e imperecedera necesidad. Luego hay para el hombre otra vida que ésta. La consecuencia es rigorosa, como las deducciones lógicas de un axioma geométrico. Vamos a sacar otra prueba del examen de la suposición contraria.

Dios, al crear al hombre, le ha dado un deseo invencible de la vida. Este deseo es una necesidad inseparable de su naturaleza. Nada hay que pueda impedir a Dios que dé al hombre todos los medios de satisfacer esa necesidad. ¿Y se los rehusaría despiadadamente? ¿Será posible que nos mande llamarle cada día *Padre nuestro*, y este Padre, infinitamente feliz en el cielo, se guardará su felicidad para sí solo, y dándose el absurdo gusto de verse desventurado en la obra de sus manos, siendo sus criaturas y sus hijos, nos dejará consumir de todo

género de males para luego precipitarnos en la nada?

Si así fuera, ¿Dios sería bueno, no diré con bondad infinita, sino ni aún con limitada? En semejante hipótesis, este Dios, a quien todas las lenguas llaman *óptimo y máximo*, ¿se complacería en entregar al hombre, su imagen viva, a incesantes e inevitables torturas? Respecto de este ser, el más noble, y, por tanto, el más favorecido de la creación. ¡Dios habría realizado la fábula de Tántalo! ¡Habría acercado a sus labios la copa de la vida, y no obstante la sed ardorosa de su víctima, rehusaría eternamente dejarle beber!

¿Qué digo? La vida sería el infierno. Por toda recompensa de cincuenta o sesenta años de fieles servicios, el más santo de los hombres sería como aquel condenado del Evangelio, que de en medio de las llamas pide una gota de agua para humedecer su lengua, y no la obtiene. ¿Conoces tú nada tan cruel en la historia de los suplicios inventados por los tiranos, civilizados o bárbaros?

¿Y se quiere que nuestro Dios, verdaderamente óptimo y máximo, trate de esta suerte, y se quede satisfecho de tratar así a su pobre criaturita? Ante tal hipótesis, la razón, atacada en su misma esencia , estalla de cólera, y el

humano linaje entero se levanta para lanzar el anatema contra semejante doctrina.

No es esto todo. Si la presente vida fuera la vida, toda la vida, la sabiduría de Dios quedaría en mal lugar, no menos que su bondad. Cada día, desde hace seis mil años, llegan al mundo millares de seres humanos. Apenas han pasado aquí algunos años envueltos en tinieblas, mártires de mil errores, abrumados de trabajos, devorados de enfermedades, ¡se pretende que desaparezcan para no volver más, sumergiéndose en la nada, de donde habían salido!

¿Dónde estaría la razón de ser de su creación? ¿Cuál sería el fin de su existencia? Vernos nacer, padecer y morir, únicamente por vernos nacer, padecer y morir, ¿cómo había de ser digno de una sabiduría infinita? Si así fuera, la vida sería una ironía cruel, y el hombre el juguete de una potencia malévola.

Entonces se justificarían los amargos lamentos que el exceso del dolor arrancaba al príncipe del Oriente, caído en el colmo de la desdicha: «Perezca el día en que yo nací, y no vea la luz; borrado sea el número de los días. ¿Para qué he venido al mundo? ¿Por qué no fallecí al salir del seno de mi madre?

»¿Para qué dar la vida al desventurado, que llama en vano a la muerte, y la desea como los

que buscan un tesoro? Nacido ayer, y condenado a morir mañana, no soy más que un conjunto de miserias. Mi carne es un saco de podredumbre. La podre es mi madre y mi padre, los gusanos mis hermanos. Rodeado estoy de un círculo de lanzas; taladrados tengo de ellas los riñones; en todo mi ser no tengo parte sana.

»Dios ha caído sobre mí como un gigante. ¿Acaso mi fortaleza es un peñón de granito? ¿O es mi carne de bronce? Yo no soy más que una hoja que se lleva el viento; sobre tal cosa descarga el rigor de su poder. Acabe lo que ha comenzado, aplásteme, y que no se hable más de mí»[1].

Éstos serían los himnos de alabanzas que se alzarían incesantemente de todos los pechos hasta el autor de la vida para darle gracias por ella; y con chocante contradicción, esas quejas en ninguna parte serían más legítimas que en boca de los verdaderos cristianos.

Por sus luces y sus virtudes, los verdaderos cristianos son la flor de la humanidad. Como al sol se debe el calor, así el mapamundi atestigua que a ellos se debe la civilización. Pues bien: mientras los despreciadores de Dios y de sus leyes habrían podido entregarse a todos los pla-

1. Pensamientos sacados de las lamentaciones de Job. Capítulos VI-XII.

ceres, los verdaderos cristianos, por obedecer a Dios, se habrían condenado a todo género de privaciones, ¡y no tendrían por recompensa más que la nada!

Los insensatos serían en tal caso los cuerdos, y los prudentes habrían de llamarse necios. Conocido te es el dicho de San Pablo: «Si nuestras esperanzas en Jesucristo se limitan a la presente vida, somos los más desventurados de todos los hombres». Mas, ¿qué estoy diciendo? No habría ni cristianos, ni Cristianismo, ni sociedad. La razón es muy sencilla: si esta vida es toda la vida, ya no hay ni estímulos para la virtud, ni barreras para el crimen, ni sanción seria para las leyes humanas ni divinas.

Si hago lo que han dado en llamar el mal, ¿qué me podrá pasar? A lo sumo, perder algunos días de una vida pesada y sin ulteriores destinos. Si hago lo que han dado en llamar el bien, ¿qué podré esperar? Nada, nada y nada. La virtud no es más que un palabra y el patrimonio de los bobos en provecho de los bribones, y el género humano una manada de lobos, que se comen los unos a los otros sin escrúpulos ni remordimientos.

¿Y se podrá decir que el Ser infinitamente sabio ha establecido semejante estado de cosas? Luego evidentemente, más evidentemente que

nunca, la vida de este mundo no es la vida, toda la vida.

Como último rasgo de oposición a la idea de Dios debe añadirse, mi querido Federico, que esta desastrosa condición del hombre habría sido positivamente querida por el Ser infinitamente bueno. En efecto, a la sabiduría y la bondad se añade en Dios la omnipotencia. Nada ha podido imponerle este horroroso desorden; nada puede forzarle a mantenerlo. Por consiguiente, no sino libremente, voluntariamente y directamente habría condenado la humanidad al tormento, sin motivo y sin compensación. La suposición de que esta vida es la vida es, pues, la negación de tres grandes atributos del Ser por excelencia: la bondad, la sabiduría y la omnipotencia.

Mas si se le quitan a Dios atributos inseparables de su naturaleza, ¿qué queda? Un Dios mutilado, un Dios nada. Tú has podido ver, como yo, en la explanada de los Inválidos de París, a ese viejo soldado arrastrado en su carrito de mano. El pobre perdió en la guerra de Crimea sus cuatro remos, y ha quedado un tronco informe. Así queda Dios en la suposición de que esta vida es toda la vida. ¿Es posible probar más claramente que semejante suposición es el colmo de la impiedad y la demencia?

Por eso jamás se ha formulado sin excitar el horror y provocar las protestas del linaje humano, el cual, cismático, hereje, pagano, salvaje, antropófago, ha podido caer en abismos de errores y vicios; pero, como lo sabes tú mejor que nadie, siempre ha proclamado la inmortalidad del alma, la existencia de penas y premios en la otra vida.

¿Qué significa esto sino que ha reconocido siempre, y continúa reconociendo, que la vida presente no es toda la vida? Acusarle de error en este punto fundamental sería declarar que desde hace seis mil años el género humano está atacado de enajenación mental, y que el mundo no es más que una gran jaula de locos. Pero si todos los hombres han estado siempre locos, el que les expida esa certificación tiene que probar que él está en su juicio; mientras lo prueba o no, yo añado que al testimonio de todas las generaciones humanas se agregan los oráculos divinos. Escucha al que conoce lo presente y lo porvenir. Ese lenguaje de verdad siempre antigua y siempre nueva, nos pinta la demencia de los hombres que miran como única la vida de acá, y los crueles desengaños que tendrán al otro lado de la tumba.

«Ellos han dicho: ''*Salidos de la nada, volveremos a la nada; la vida es una comedia, no*

tiene otro fin que el de que adquiramos riquezas, aunque sea por malos medios. Siendo ricos, entreguémonos a los placeres, riámonos de los que no quieren imitarnos.'' Les ha cegado la malicia. han desconocido la dignidad del alma, han mirado como ensueños las recompensas prometidas a los justos, y olvidado que el hombre es inmortal.

»Pero llegará un día en que sus iniquidades se levantarán a acusarlos en el tribunal de Dios. Entonces los justos estarán con grande constancia contra aquéllos que les angustiaron y les quitaron el fruto de sus trabajos. Los malos, al verles, serán turbados con temor horrendo, y se maravillarán de verlos de repente salvos contra lo que esperaban.

»Diciendo dentro de sí pesarosos y gimiendo con angustia de espíritu: ''Éstos son los de quien en otro tiempo nos burlábamos y la tomábamos con ellos para ultrajarlos. ¡Insensatos de nosotros! Teníamos su vida por locura y su fin por una deshonra. Ved como han sido contados entre los hijos de Dios, y su suerte está entre los Santos.

»Luego hemos errado el camino de la verdad, y la luz de la justicia no nos ha alumbrado. Nos hemos cansado en el camino de la iniquidad y de la perdición, hemos andado por

caminos ásperos, y hemos ignorado el camino del Señor. ¿De qué nos aprovechó nuestra soberbia? ¿Qué hemos sacado de la vana ostentación de nuestras riquezas? Todas estas cosas pasaron como sombra.''

»Tales cosas dijeron en el infierno estos que pecaron. Mas los justos para siempre vivirán: el Señor mismo será su recompensa; de su mano recibirán reino de honra y corona de hermosura»[1].

Queda, pues, bien probado que esta vida no corresponde a la idea de Dios y a la fe del género humano mejor que a la naturaleza del hombre. Esta verdad llama a otras no menos incontestables, que serán el asunto de mis próximas cartas.

Tu afectísimo...

1. Sap., V, 1-17.

CARTA DUODÉCIMA

SUMARIO: Objeción de un joven materialista queriendo probar que la vida presente es toda la vida. — Refutación de su razonamiento. — Es caduco. — Es falso: pruebas palpables. — Es impertinente. — Degrada al hombre más abajo del nivel de los brutos. — Otro razonamiento contra lo sobrenatural en general. — Refutación. — Pasaje de Plutarco. — Monumentos de la creencia universal y permanente en lo sobrenatural.

QUERIDO AMIGO:

¡Cosa nueva! Tu carta de anteayer me ha traído la famosa demostración que yo esperaba. El joven Vacher, de la escuela de medicina, se ha propuesto probar que la fe del género humano en otra vida es un error grosero, y que, al admitirlo, está loco. Bien podría haber añadido: y loco incurable; pues, en efecto, la demostración que me envías no le curará; seguro puede estar el joven autor. Por lo demás, le com-

padezco con toda mi alma. Este pobre muchacho es un eco, por no decir un papagayo; no hace más que repetir lo que ha oído sin entenderlo y aceptado sin examen.

Esto no es extraño. Por una parte, Vacher no está muy firme; por otra, el mundo actual está de tal manera fascinado por las bagatelas, que para revolcarse a sus anchas en el fango del materialismo, ha llegado a profesar públicamente tres negaciones: niega a Dios, al alma y lo sobrenatural. Esto es lo que Vacher ha oído, y lo que yo mismo oigo, por poco que atienda al ruido que hacen ciertas escuelas, ciertos congresos, ciertos clubs, y todos los malos centros. Antes de tratar los asuntos anunciados en nuestra última correspondencia, conviene saldar la cuenta con Vacher y sus camaradas. Para esto bastarán dos cartas.

¿En qué se apoyan los negadores? En su fraseología, que presume de científica. Dicen: «Nada es verdadero sino lo que está experimentalmente demostrado. Ni la existencia de Dios, ni la del alma se han experimentado. Nadie ha visto a Dios, ni al alma,nadie los ha tocado, ni oído, ni palpado, ni analizado: luego ni Dios ni el alma, existen. Creer eso es un error; creerlo obstinadamente es una idea fija; una idea fija es la monomanía. Y como nosotros no quere-

mos ser víctimas de una monomanía ni de un error, no admitamos ni a Dios ni al alma.»

Tal es su razonamiento. Si peca, no es ciertamente de poco franco. Acerquémonos, sin embargo, y cojamos al toro por las astas.

¿Qué es una demostración experimental? Según el sentir de esos señores, si yo no me equivoco, una cosa está experimentalmente probada cuando ha sido vista y bien vista, tocada y bien tocada, analizada y bien analizada. De manera, que toda certidumbre estriba en la punta de los dedos o en la pupila del ojo. Pero este razonamiento tiene todas las cualidades del más grosero sofisma; es caduco, falso e impertinente.

1.º Caduco. ¿Quién nos asegura a nosotros, señores negadores, que vosotros habéis visto y visto bien, habéis palpado y palpado bien, habéis analizado y analizado bien? Vosotros dáis resueltamente a vuestros propios ojos y manos un diploma de infalibilidad, que muchos no aceptarán por bueno, fundándose en que ellos creen haber visto mejor y palpado mejor y analizado mejor que vosotros. ¿Y no nos habláis continuamente de progresos en las ciencias? ¿Qué significa esto sino que os lisonjeáis de ver más claro que vuestros antepasados? Y lo que vosotros decís de ellos, ¿quién ha demostrado

que vuestros sucesores no lo dirán mañana de vosotros mismos, con igual y acaso con más razón?

Cuando se reflexiona que a pesar del desarrollo de vuestros estudios y la perfección de vuestros instrumentos, no habéis podido todavía analizar un grano de uva con bastante perfección para encontrar todos los elementos que lo componen y hacer una gota de verdadero vino, ¿qué confianza merecen la mayor parte de vuestras demostraciones experimentales?

Además, para que una demostración, por más experimental que sea, tenga valor, no basta que la den o la acepten algunos individuos; es menester que sea recibida y sancionada por todos los jueces competentes, o a lo menor por el mayor número. Y no es así, ni lo será jamás, la pretendida demostración que nos oponéis. La prueba es clara. ¿Por ventura vuestros libros, vuestros diarios, vuestros profesores de filosofía, química, geología, frenología, medicina, y demás, no nos dan diariamente el espectáculo lamentable de sus contradicciones, variaciones, afirmaciones y negaciones, incesantemente renovadas?

2.º Es falso. Demos que vuestras demostraciones experimentales tengan todo el valor que vosotros suponéis. Mas por su misma naturale-

za no pueden aplicarse a todo. ¿Con qué derecho borráis del número de las verdades, y verdades ciertas, todo lo que no se puede ver ni tocar? ¿Cuántas cosas no creéis vosotros mismos (y os pondríais en ridículo no creyéndolas), por más que ni son ni pueden ser experimentalmente demostradas, como decís?

Por ejemplo. ¿Dónde está la demostración experimental de que dos y dos son cuatro? ¿Qué es el número? ¿Qué es la unidad? ¿Las habéis visto, palpado, disecado o alambicado? Y sin embargo, creéis en el número y en la unidad; de lo contrario, no podríais creer que dos y dos son cuatro.

Otro ejemplo: Admitís el movimiento. ¿Qué significa esto? No otra cosa sino que véis y tocáis cuerpos que se mueven. Pero el principio del movimiento, ¿lo habéis jamás visto ni tocado?

Nuevo ejemplo. A cada instante afirma la ciencia las causas segundas. Pero, ¿las ha visto? ¿Las ha palpado? ¿Acaso sus crisoles y retortas le han descubierto la causa, forma y color de tales causas? Jamás. La pobre ciencia ha visto y palpado hechos que se suceden unos a otros, nada más. Preguntadle por qué llama *causa* al hecho que antecede, y *efecto* al que subsigue. ¿Ha visto nunca lo que se llama el trabajo oculto de la casualidad? Evidentemente no.

No obstante, ella afirma la incesante acción de la causa intangible e invisible, de la causa que nunca ha visto, cuyo ruido no ha oído en parte alguna, ¿Con qué fundamento la afirma? Por el testimonio de una creencia irrecusable. Luego la ciencia positivista también cree. No pido más para ponerla en contradicción consigo misma y echar abajo todas sus negaciones y todas sus afirmaciones anticatólicas.

Vaya, por fin, otro ejemplo, tomado de los dominios privilegiados de la ciencia materialista. Con igual seguridad que nosotros admiramos los artículos del Símbolo, esa ciencia admite la atracción, y se complace en ponerla de manifiesto aún a los ojos de los más ignorantes. Para dar la demostración basta un pedazo de hierro aplicado a un pedazo de imán. El hierro se dirige hacia el imán y se junta con él. ¿Quién ha producido el fenómeno? La atracción. Y bien, ¿la ciencia ha visto la atracción?

Estos ejemplos, escogidos entre mil, prueban que fuera de toda demostración experimental hay una infinidad de verdades, de tal manera ciertas, que la ciencia más materialista se ve precisada a admitirlas como las admite la última beata. Por consiguiente, puedes decirle a Vacher, rogándole que lo diga a los suyos, que su razonamiento es falso, y que si les place po-

nerse en ridículo cada vez más, no tienen más que continuar negando a Dios y al alma bajo el pretexto de que no encuentran experimentalmente probadas estas dos verdades[1].

3.º Es impertinente. El oído, que se puede llamar el *sentido social*, juega un gran papel en la percepción de la verdad. ¿Con qué derecho la ciencia positivista o materialista le niega la infalibilidad que concede al ojo y a la mano? No dejar al hombre otro medio de conocer con certidumbre la verdad más que la vista y el tacto, es mutilarle y rebajarle más que a los animales. En último análisis, es acusar de locura incurable al linaje humano, que siempre ha creído y ahora cree, y mal que les pese a los pequeños y grandes Vacher, seguirá siempre creyendo en verdades invisibles e intangibles. ¿No es, pues, lo más sublime de la impertinencia el razonar de los que niegan a Dios y el alma?

Metidos en tan buen camino, no todos se paran ahí. Tú lo sabes lo mismo que yo, querido amigo; gran número de ellos, sobre todo en nuestros días, niegan de cuajo todo el orden

1. Permíteme que te cite una sentencia pronunciada por un hombre bien famoso: «Después de largos años de vida, cuando se ha leído mucho y estudiado mucho, se reconoce, al acercarse la muerte, que no hay más verdad que el Catecismo». (Troplong.).

sobrenatural. Pero negar sin pruebas es una necedad. Negar lo evidente es insensato orgullo. Estos dos méritos tienen los señores negadores de quien nos ocupamos. Estas gentes son especiales. Comienzan por decir: «Yo no admito tal cosa porque la juzgo imposible». Y después, aunque esa cosa la atestiguen millones y millones de testigos competentes, aunque se les metiera por los ojos, se negarían a creer que existe.

Aplicando a lo sobrenatural esta manera de discurrir, dicen: «Tengo lo sobrenatural por imposible: luego no existe». Punto redondo. Por consiguiente, los hechos mejor averiguados resultan falsos desde que se vea que tienen algo de sobrenaturales. Para ellos no hay milagros. Ya lo conoces: valor se necesita para negar los milagros del Cristianismo delante de los portentos de soberbia, ignorancia y locura que presenciamos todos los días en esos señores. Lo repito sin quitar una letra. Sí, portentos de soberbia, de ignorancia y de locura. He aquí el primero.

Después de haberse expedido a sí mismos un diploma de infalibilidad, estos taumaturgos del absurdo abren su despacho, donde desde la mañana hasta la noche están expidiendo por su propia autoridad pases para el manicomio a cualquiera que crea en el orden sobrenatural.

Mas este *cualquiera* no es solamente tal o cual individuo aislado; no es tampoco solamente la gran familia católica, la flor de la humanidad: es todo el linaje humano.

Vengan con nosotros esos bravos pensadores, y haremos, si les place, un viajecito en globo. ¿Qué verán de polo a polo? Desde la China hasta la Australia, desde las más apartadas fronteras de Europa hasta las extremidades de África, verán toda la superficie de la tierra cubierta de ciudades y villas innumerables. Por encima de todas las casas, ricas o pobres, echarán de ver unos edificios, notables por su grandeza, por lo rico de su arquitectura y por el mérito de los adornos que los decoran.

¿Qué son esos edificios? Son templos. ¿Qué es un templo? Un testigo irrecusable de lo sobrenatural. El hombre no levanta templos sino para orar y ofrecer sacrificios. El hombre no ora ni ofrece sacrificios sino porque cree en lo sobrenatural. Y puesto que el mundo actual está cubierto de templos, resulta que en todos los puntos del globo el hombre cree todavía en lo sobrenatural.

Su creencia de hoy es su creencia de ayer, de anteayer, de toda la antigüedad. Yo espero que Vacher y su gente, formados, como si dijéramos, en las escuelas de Roma o de Atenas,

no habrán olvidado el notable pasaje de un autor pagano: *Criado en el serrallo, conozco sus afueras.*

«Si recorres el mundo, dice Plutarco, podrás encontrar ciudades sin muros, sin literatura, sin leyes, sin palacios, sin riquezas, sin moneda, sin gimnasios y sin teatros. Pero una ciudad que no tenga templos ni dioses, que no use de la oración y el juramento, que no consulte los oráculos ni ofrezca sacrificios para obtener bien del cielo o librarse de los azotes que la amenacen, tal ciudad nadie la ha visto nunca».

Millares de hechos contemporáneos confirman el testimonio de Plutarco. Al modo que el descubrimiento inesperado de los fósiles comprueba la relación de Moisés, así las excavaciones llevadas a cabo en nuestros días en las ruinas de Nínive, Babilonia, Tebas, Pompeya y Herculano han evidenciado la fe del mundo pagano en lo sobrenatural; las vetustas ciudades de Méjico exhumadas de sus tumbas dan idéntico testimonio.

La mayor parte de los objetos encontrados a éste y al otro lado del Oceáno son religiosos, y los restos más importantes, y frecuentemente los mejor conservados, son restos de templos, altares y estatuas de dioses y diosas. Roma ostenta aún sus templos de la Paz, de Vesta, de Venus,

de Faustina, y qué sé yo cuantos más. Difícilmente habrá ninguna de nuestras antiguas ciudades que no conserve alguna prueba material de un culto cualquiera que practicasen los paganos.

Continuaremos este mismo asunto: se acerca la hora del correo, y cierro esta carta.

Tu afectísimo...

CARTA DÉCIMATERCIA

SUMARIO: Nueva prueba de lo sobrenatural: la creación. — El hombre no vive más que de lo sobrenatural y en lo sobrenatural. — Refutación de las objeciones. — De dónde proviene la negación de lo sobrenatural. — Se le tiene miedo. — Por qué. — Última palabra de todos los incrédulos y filósofos anticristianos. — Postdata.

QUERIDO AMIGO:

Es un hecho incontestable que siempre y en todas partes, sin diferencia de clima ni grado de civilización, el género humano ha creído en lo sobrenatural, lo ha practicado y por él ha regulado su conducta. «Convenimos en ello, responde Vacher y su escuela; mas sostenemos que en esto el hombre se ha equivocado.»

Ya lo ves: siempre el mismo refrán y la misma pretensión. Acusan de alucinación y demencia a todos los hombres, y se declaran a sí mismos los únicos cuerdos, los únicos ilustrados

entre todos los mortales. ¿No es eso, como antes decíamos, un portento de soberbia, ignorancia y locura?

Pues todavía hay otro mayor. Después de haber negado al género humano el uso de la razón, se lo niegan a sí mismos. No sólo la razón; los ojos, las orejas, todos los sentidos dicen cada hora, cada segundo, no sólo que lo sobrenatural existe, sino que el hombre no vive sino de lo sobrenatural y en lo sobrenatural. De modo que nada hay más verdadero que el dicho de San Pablo: «En él vivimos y nos movemos y somos». Un instante de reflexión basta para probarlo.

¿Acaso el hombre no vive de la creación y en la creación? ¿Y puede concebirse nada más sobrenatural que la creación en su acto primero y en su acto segundo? En su acto primero la creación consiste en hacer pasar algo de la nada al ser. Entre lo que es y lo que no es hay distancia infinita. El hacer franquear esa distancia sólo pertenece a un poder eminentemente sobrenatural. En su acto segundo la creación consiste en conservar el ser ya dado. Este nuevo acto no es menos sobrenatural que el primero, puesto que la conservación de los seres no es otra cosa que continuar su creación.

Lo mismo que tú, mi querido Federico, y lo

mismo que yo, y lo mismo que todos los demás mortales, nuestros pequeños incrédulos viven de la creación y en la creación; es decir, de lo sobrenatural y en lo sobrenatural. Si no hubieran repudiado su razón como un marido libertino repudia a su mujer virtuosa, o más bien, si no la hubieran sacado los ojos como a los emperadores del Bajo-Imperio, no podrían levantar la vista al cielo, ni bajarla a la tierra, ni extenderla en su alrededor sin percibir y bendecir y adorar lo sobrenatural.

Cabalmente para esto, y sólo para esto, han sido hechos todos los seres. El universo entero es un inmenso espejo, donde el hombre puede y debe leer la existencia, el poder, la sabiduría y la bondad del Ser sobrenatural que lo creó. ¡Ay del hombre si así no lo hace!

Para eximirse de este deber, que, por cierto, es tan consolador, se contentan con decir: «Nosotros no admitimos la creación».

¡Vosotros no admitís la creación! Admitís, pues, efectos sin causa, ríos sin fuentes, casas sin artífice, relojes sin relojero, cuadros sin pintor.

Añaden: «No nos entendemos. Cuando decimos que no admitimos la creación, esto significa que no admitimos el acto creador por el cual un poder infinito haya hecho de la nada todas las cosas».

Por lo menos admitís que existen esas cosas, el cielo, la tierra y todo lo que contienen, incluso vosotros mismos. Para explicar su existencia no hay más que tres medios: creer que son obra de Dios, decir que el hombre las ha hecho, pretender que se han hecho a sí mismas. Vosotros rechazáis con desdén la primera explicación; quedan, pues, la segunda y la tercera.

Cuanto a la segunda, ni siquiera vosotros la creéis. ¡Qué! ¿Será el hombre quien ha hecho la tierra y el mar, los animales terrestres y los peces? ¿Será el hombre quien ha hecho el cielo, y fabricado y suspendido en el firmamento los millones de globos inmensos que ruedan sobre nuestras cabezas? ¿Y cómo es que ahora no hacen nada semejante? ¿Cuándo ha perdido su poder? ¿Por qué se ha declarado en huelga?

¿Será el hombre, esta pequeña hormiga encaramada en esta pequeña mota de tierra, que teniendo todos los elementos necesarios suda agua y sangre para edificarse una casa? ¿Será este pequeño insecto el que habrá hecho el sol tantos millones de veces más grande que nuestro globo, y lo habrá lanzado a treinta millones de leguas de la tierra y lo sostendrá en el vacío? Para rematar semejantes pretensiones, basta con exponerlas; el absurdo no se refuta.

Vengamos a la tercera explicación, la cual

consiste en pretender que las criaturas se han hecho a sí mismas. Con decir que se han hecho a sí mismas, reconocéis que no son eternas, y tenéis razón. No tienen ninguna de las cualidades del ser necesario: ni la inteligencia, ni la libertad, ni la inmutabilidad. Todas están sujetas a mutabilidad, descomposición y muerte.

Mas si no son eternas, luego hubo un tiempo en que no existían ni en sus elementos ni en sus formas. Si no existían, no eran nada. Luego, según vosotros, la nada habría hecho algo, la nada hace al ser, ¡la nada lo ha hecho todo! Sólo las tragaderas de un materialista son bastante anchas para colar semejante lagarto. Digeridlo si podéis; os dejo en paz.

Véase, pues, reducida a su justo valor la demostración de ese pobre Vacher y de su escuela, hoy día tan numerosa, contra Dios, el alma, lo sobrenatural y la fe del género humano en todas esas verdades, y señaladamente en la vida futura.

Pregúntasme que de dónde les vienen a esos hombres bautizados como nosotros esa rabia de negar, esa fiebre del absurdo, esa precisión de degradar al hombre hasta el punto de convertirlo en un *puñado de lodo*, en el ser más infeliz de la creación, sin recompensa para sus virtudes, sin compensación para sus lágrimas, sin

otra vida que la muerte viviente de acá abajo. Fácil es la respuesta.

Lo sobrenatural les estorba. A toda costa se lo quieren quitar de encima; y así niegan como desesperados, sin pararse ante ningún sofisma, ante ningún absurdo, ante ninguna evidencia. Antes, todo lo que habla del orden sobrenatural les irrita, y a falta de razones acuden a las injurias, a las estúpidas risotadas y aún a la violencia.

Así se explica eso que hace bastantes años estamos presenciando: el rugir de todas las pasiones, el torrente de ultrajes inauditos contra lo sobrenatural, bajo cualquier nombre, forma, acto o persona que se manifiesten; al presente la guerra encarnizada contra la Iglesia; para en adelante amenazas que hacen temblar.

¡Vano empeño! No pueden arrancar la fe de su propio corazón. A pesar de todo se ven precisados a decir, como uno de sus oráculos, a la vista de la creación:

> Me para el universo; yo no puedo
> Admitir tal reloj sin relojero.

Con mayor razón la implacable evidencia viene a darles tormento con el espectáculo de la Iglesia católica, que es la más elocuente manifestación de lo sobrenatural. A despecho de

ellos, sus propias blasfemias son la prueba de su fe. *No se aborrece lo que no se teme, ni se teme lo que no se cree.*

Mas, en fin, me preguntas: ¿por qué ese odio a lo sobrenatural? Para vivir según sus pasiones. En todos los tiempos, en todos los lugares, en todos los hombres, la incredulidad y la corrupción se dan la mano. Tres mil años hace que el espíritu de Dios decía por boca de David: «Dijo en su corazón el impío: No hay Dios». *Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus.* He ahí el horror a lo sobrenatural, o la incredulidad.

Y se convirtió en un hombre de crímenes, en una cloaca de abominaciones. *Corrupti sunt et abominabiles facti sunt.* He ahí la corrupción. Desde entonces nada ha cambiado. «Largo tiempo creí yo, decía Rousseau, que se podía ser virtuoso sin religión; es un error de que me he corregido.» Su testimonio es irrecusable, pues toda su conducta prueba esa verdad.

No ser virtuoso, o vivir a merced de sus pasiones, es vivir la vida de los sentidos, la vida de las bestias, y de las bestias inmundas. El hombre tiene que ser ángel o bestia; tiene que adorar el espíritu o la carne, al Dios altísimo o al dios de los abismos; no hay medio posible.

La nobleza misma de su naturaleza se opo-

ne a que lo haya. A medida que se cae de más alto, se cae más hondo. *Corruptio optimi pessima*. Puerilidad sería creer que los enemigos de lo sobreantural hacen alardes de incredulidad únicamente por el necio placer de llamarse incrédulos. Debajo de sus palabras se oculta un interés de su corazón. *No se quiere la libertad de pensar sino para tener la libertad de obrar.*

«He visto de cerca, escribió hace poco un hombre de mundo, a los descreídos de nuestros días. Cuarenta años de experiencia me han permitido ver a través del velo que cubre los misterios de su vida íntima. En todas partes he encontrado, como Bruyere, sepulcros blanqueados. A pesar de las apariencias engañosas, y los disfraces más o menos hábiles, tienen todos un lenguaje que no engaña, y es el de sus obras. Este lenguaje dice la última palabra de lo que ellos llaman sus teorías científicas, y yo llamo su odio a la verdad.

»He consultado ese lenguaje en todos los negadores de lo sobrenatural, solidarios, positivistas, materialistas, masones masculinos y femeninos, no sólo en Francia y Bélgica, sino también en Alemania, Inglaterra e Italia. La profesión secreta de su fe católica es invariablemente la misma. *La incredulidad no es más que*

una careta; la realidad es que nosotros queremos poder deslizarnos a nuestro gusto en el sensualismo y dormir a pierna suelta en el lodo.»

Es la traducción libre, pero exacta, de lo que piden los espíritus impuros en el Evangelio. *Mitte nos in porcos.*

Cuando un adversario se acoge a semejante refugio, no se le combate ya, se le deja allí.

Tu afectísimo...

Postdata. — Me acaban de contar una anécdota, que te envío como ramillete de mis últimas cartas. El otro día, uno de los camaradas de Vacher recibió el grado de doctor en medicina. Por la noche se presentó en cierto salón, y delante de unas veinte personas se permitió negar la existencia del alma y hacer profesión de materialista.

Después de haberle oído algunos instantes, un anciano levantó la voz y le interrumpió en estos términos: «Está Vd. diciendo que desde hoy es doctor en medicina; pero se equivoca Vd. — ¡Cómo! Llevo el título en el bolsillo. — Se equivoca usted; no es título de doctor en medicina, sino en veterinaria. Supuesto que no tenemos alma, ya no hay médicos, sólo hay albéi-

tares; y Vd. y sus compinches, albéitares son, y no otra cosa.»

Si le hubiera caído un rayo a dos deditos de donde estaba, no se hubiera quedado el descreído Galeno más aturdido. La risa general le hizo entender que no le quedaba más partido que callar y retirarse. Así lo hizo, y no pudo hacer cosa mejor.

CARTA DÉCIMACUARTA

SUMARIO: Segundo fin de nuestra correspondencia; consolar. — La muerte no es la muerte. — Horrible pesadilla que se quita. — Inmenso consuelo. — Admirable enseñanza de la Iglesia. — El pasaporte. — El restablecimiento de la salud espiritual. — El Viático. — La orden de partir. — La escolta. — Los cantos. — El cementerio. — El cristiano ante la muerte. — San Agustín. — San Luis. — El diá de la muerte, llamado del nacimiento.

QUERIDO AMIGO:

Hasta aquí hemos visto el lado triste de la vida; vamos a ver el alegre: Para cumplir lo prometido, debo ponértelo a la vista. Desde el principio de nuestra correspondencia te anuncié que su fin principal era *desengañar* a los que toman esta vida por la vida verdadera. Paréceme que lo hemos conseguido. *Consolar* a los que con nosotros cruzan este valle de lágrimas, y con-

solarnos a nosotros mismos, es el segundo objeto de mis deseos. Tiempo es de que nos ocupemos de él. Todo el oro del mundo daría yo por lograr hacer este beneficio, tanto más necesario, cuanto que sin excepción todos tienen necesidad de él, y necesidad continua, sea para sobrellevar con dignidad la carga de la vida, sea para dulcificar sus crueles amarguras, sea para prevenir desesperaciones mortales. Este inapreciable beneficio se contiene en este pensamiento: DADO QUE LA PRESENTE VIDA NO ES LA VIDA, TAMPOCO ESTA MUERTE ES LA MUERTE.

La muerte no es la muerte. ¡Qué pesadilla se nos quita de encima! La certidumbre de la muerte, que pesa sobre el hombre desde el día en que adquiere uso de razón; que por la mañana le impide prometerse ver la noche, y por la noche le deja incierto en si despertará vivo por la mañana; este pensamiento, que todo lo que vemos, todo lo que oímos nos lo trae a la memoria a pesar nuestro, es para los mismos incrédulos una fuente inagotable de terrores, tristezas y fastidio. Es, vuelvo a decir, la pesadilla de la humanidad.

La muerte no es la muerte. El que se muere no cesa de vivir. ¡Qué inmenso consuelo! Henos aquí en una cámara mortuoria, Sobre el lecho fúnebre acaba de espirar un padre, una ma-

dre, un hermano, una hermana, tiernamente amados. La esposa, los hermanos, las hermanas, los niños huérfanos, desde hoy, sumidos en el dolor, lloran al que acaban de perder, y que deja en torno de ellos horrible vacío.

De repente se han suspendido los sollozos. El Dios de los vivos deja oír su voz: «No os pongáis tristes, dice, como los que no tienen esperanza. La muerte no es el fin de la vida. El padre que habéis perdido no ha muerto; duerme. La madre que lloráis no ha muerto; duerme. El hermano o la hermana que lloráis no ha muerto; duerme. *Nonest mortua puella, sed dormit.*

»Jornaleros del padre de familia han concluido su trabajo y descansan de sus fatigas. De mortales que eran, se han hecho inmortales. Allá os esperan, allá los volveréis a ver. Míos eran en vida; míos son en la muerte. Yo lo he criado todo, y no aniquilo nada. Yo no soy únicamente la creación, soy la resurrección y la vida.

La muerte no es la muerte: esta palabra, caída del cielo, era demasiado preciosa para que la Iglesia católica dejara de recogerla con religioso cuidado. Nadie la repite más a menudo, ni con más conmovedora elocuencia, ni con tanta autoridad.

En nuestras dos últimas cartas hemos oído a los sofistas y sus doctrinas desoladoras: los hemos compadecido a ellos, y hemos hecho justicia en éstas. Escuchemos ahora a nuestra admirable madre, esta madre que nunca engaña y siempre da consuelo. ¡Cuántas veces nos repite en el discurso de la vida: Hijos míos, la tierra no es vuestra patria; aquí no sois más que extranjeros y caminantes! ¡No estáis en vuestra casa; vuestra casa está más allá!

Pero en la hora de las grandes tristezas, por ser la hora de las grandes separaciones, es cuando la Iglesia derrama a manos llenas el bálsamo de esa palabra consoladora en el corazón destrozado de sus hijos. ¿Te has puesto alguna vez a reflexionar sobre lo que hace en los postreros momentos de nuestra peregrinación, ya con los que parten, ya con los ue se quedan? Ven conmigo a contemplar este espectáculo, lleno de consuelos inmortales.

A los ojos de la Iglesia, el cristiano que muere no es un ser efímero que torna a la nada; es un viajero muy amado que se pone en camino. Con la solicitud más previsora hace con él lo que la madre más cariñosa con su tierno hijo, que emprende largo viaje. Varias cosas necesita el viajero: pasaporte, buena salud, comida para el camino, y si tiene que cruzar por sitios

desconocidos o peligrosos, un guía y una escolta. Ahora admitirás cómo la Iglesia provee a todo esto.

Cerca de su hijo moribundo llama al embajador del Dios de la eternidad, ante quien aquél tiene que presentarse. Borrándole los pecados, la absolución restablece en él la imagen augusta, que será señal para que se le reconozca por un miembro de la gran familia católica que entra en su patria, y las autoridades invisibles que encontrará escalonadas en el camino se apresurarán a prestarle ayuda y protección.

La Iglesia no se para aquí. Quiere que su hijo emprenda el viaje en buena salud. Para esto, por medio del Sacramento de los enfermos le purifica el alma y devuelve la integridad a todos sus sentidos; luego, para que permanezcan inviolables, les echa el sello del Redentor, cuya sola vista ahuyenta a las legiones enemigas.

Pero el viajero necesita llevar alimentos: la Iglesia le da su *Viático*, el pan de los fuertes, que le sostendrá en sus desmayos; el alimento de la inmortalidad, que comunicándole sus propiedades divinas, le hará tan cual debe ser para que vea abrírsele las puertas de la patria bienaventurada; en una palabra, ese Viático es su divino hermano Jesús en persona, que hacién-

dose compañero de su viaje, le llevará de la mano para hacerle franquear sin peligro el paso decisivo del tiempo a la eternidad.

Están completos los preparativos del viaje. Sólo falta dar la señal de partir y poner al viajero bajo la dirección de guías fieles y bajo la defensa de una escolta invencible. Con la seguridad de la fe, con tan tiernos sentimientos y tan solemne lenguaje, que jamás podrán imitarse, la Iglesia va a desempeñar estos dos cuidados.

Acercándose a su hijo, le dice: «Parte de este mundo, alma cristiana, en el nombre de Dios Padre Omnipotente, que te creó; en el nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que padeció por ti; en el nombre del Espíritu Santo, que en ti se derramó; en el nombre de los Ángeles y Arcángeles; en el nombre de los Tronos y las Dominaciones; en el nombre de los Principados y las Potestades; en el nombre de los Querubines y Serafines; en el nombre de los Patriarcas y los Profetas; en el nombre de los Apóstoles y los Evangelistas; en el nombre de los Santos mártires y confesores; en el nombre de los Santos ermitaños y anacoretas; en el nombre de las Santas vírgenes y de todos los Santos. Que las legiones infernales se cubran de confusión, y los ministros de Satanás

no se atrevan a oponerse a tu paso. Que llegues hoy mismo al país de la paz, y la santa Sión sea tu morada, por el mismo Jesucristo nuestro Señor».

Cuando se reflexiona que todo esto es una realidad, se pregunta uno a sí mismo cuánta es la dignidad del alma, y cuándo jamás ningún monarca ha viajado defendido por guardia semejante, rodeado de tan brillante cortejo.

El viajero ha partido. Nada se ha olvidado para asegurar el éxito de su viaje y preparar su entrada triunfal en la tierra de los vivientes. Falta dar consuelo a sus amigos y parientes; pues para la Iglesia, que es la más tierna de las madres, los dolores de todos sus hijos son sus propios dolores.

A su voz siguen al templo tras de los despojos mortales del que acaba de abandonarlos. ¿Qué hace allí la Iglesia? Canta. Sí, mi querido Federico; mientras no se ven en el templo más que imágenes lúgubres, ni se oyen más que suspiros, lágrimas y lamentos, la Iglesia canta, canta siempre. ¿Qué contraste es éste? ¿Puede una madre cantar en la muerte de sus hijos? Y entre todas las madres, ¿no es la Iglesia la más amante? Lo repito: ¿qué misterio es éste?

Los cuidados de que nos rodea desde la cuna no permiten dudar: la Iglesia nos ama, y su amor

es tanto más vivo cuanto es más noble. Depositaria de las promesas de la inmortalidad, las proclama altamente en presencia de la muerte. Si su voz lleva el sello de las lágrimas, también expresa alegría. Más feliz que Raquel, se consuela y nos consuela, porque sabe que le serán devueltos sus hijos. Así, en las lágrimas de los parientes se ve la naturaleza; en los cantos de la Iglesia brilla la fe. La naturaleza se entristece, diciendo: «Muerte»; la Iglesia se alegra, respondiendo: «Resurrección».

¿Oyes la melodía, tan suave al corazón y tan dulce al oído, que en medio del profundo silencio de los divinos misterios resuena repentinamente bajo las bóvedas del templo? Intérprete del Dios de la eternidad, del cual el hombre es imagen inmortal, canta el sacerdote: «Arriba los corazones... Nada hay más digno, ni más justo, ni más saludable que rendiros en todas partes y siempre acciones de gracias, Señor Santo, Padre Omnipotente, Dios eterno, por Jesucristo nuestro Señor, en quien nos habéis dado la esperanza de la feliz resurrección, para que en el momento que la certidumbre de morir entristece a la naturaleza, la promesa de la inmortalidad futura consuele a la fe. Pues a vuestros fieles, Señor, la vida se les cambia, no se les quita: *vita mutatur non tollitur;* y en su lugar de

casa terrestre arruinada, les está preparada una mansión eterna en los cielos»[1].

¿Qué te parece? ¿Puede la Iglesia afirmar con más solemnidad que la vida presente no es la vida? Afírmalo también con una palabra que ha introducido en la lengua de todas las naciones civilizadas. Terminadas las ceremonias del templo, conduce a su hijo al lugar donde ha de descansar. Este lugar se llama *cementerio,* que significa *dormitorio:* palabra divina, palabra reveladora, palabra digna de eternas bendiciones.

«Llamamos al cementerio *dormitorio,* dice el Pico de Oro del Oriente, para que sepais que los muertos no están muertos, sino solamente dormidos. ¡Qué consuelos encierra esta palabra y qué profunda filosofía! Así, pues, cuando llevais un muerto al cementerio, no os aflijais: no le llevais a la muerte, sino a dormir. Esta palabra os basta para templar todos los dolores».

El gran orador tiene razón que le sobra. Esa apalabra no sólo consuela a la naturaleza; da, además, al dolor una dignidad que impone respeto y atrae las simpatías. ¿Conoces tú, querido amigo, nada más conmovedor, y a la vez más

1. El fondo de este admirable prefacio es de San Gregorio.

tierno, que la conducta de San Agustín en la muerte de su queridísima madre?

»Habíamos llegado a Ostia, donde debíamos embarcarnos para África, cuando mi tierna madre, vuestra digna sierva, Señor, fue atacada de la fiebre. Presintiendo que se iba a morir, nos dijo: ''Enterraréis aquí mi cuerpo, y os acordaréis de orar por mí en el altar del Señor''. A los nueve días de enfermedad, teniendo ella cincuenta y seis años y yo treinta y tres, esta alma tan religiosa y tan buena quedó libre de las ligaduras del cuerpo.

»Yo apretaba los párpados para contener las lágrimas; pero mi dolor, dolor inmenso, refluía al fondo de mi corazón: después se escapó en lágrimas abundantes, que yo procuraba sujetas. Esta lucha me era sobremanera penosa.

»El niño Adeodato lloraba a gritos. Le hicimos callar, porque no nos parecía conveniente este modo de honrar tal muerte con gemidos y lamentos, cuando así suele llorarse la miseria de los que mueren como si se aniquilaran. Pero mi madre no moría miserablemente, ni moría del todo: sus ejemplos, su fe y otras pruebas ciertas nos daban seguridad de ello.

»Acallado el niño, tomó Evodio el libro de los *Salmos* y comenzó a cantar el *Misericordias Domini in aeternum cantabo*, y todos seguimos

alternando. Vuestras palabras, Señor, suavizaron mi dolor y me dieron fuerzas para concentrarlo, de tal manera, que nadie me vio llorar ni observó alteración en mi semblante. Llegado el momento de darle sepultura, llevamos el cuerpo y lo enterramos sin llorar. Lo mismo pasó mientras se ofreció el sacrificio de nuestra redención. Yo no lloraba; mas interiormente estaba transido de dolor.

»Acordábame yo, Señor, de vuestra sierva; repasaba en mi memoria su vida, tan piadosa y santa para con Vos, tan dulce y ejemplar para nosotros, y me veía súbitamente privado de ella, y sólo en vuestra presencia lloré por ella y por mí. Dejé correr el llanto, anegóse en él mi corazón, y yo encontré alivio.

»Y ahora, Señor, os lo confieso en este escrito. Lo leerá quien quiera, y lo interpretará como le plazca. Si encuentra reprensible el que yo llorara a mi madre durante pequeña parte de una hora, a mi madre muerta ante mis ojos, la que tantos años me había llorado para hacerme vivir en vuestra vista, no se ría de mí; antes, si tiene gran caridad, llore mis pecados delante de Vos, Padre de todos los hermanos de vuestro Cristo».

Todos los siglos cristianos, todas las familias cristianas, nos ofrecen innumerables ejem-

plos de este noble dolor, en el cual brilla la armonía verdaderamente sublime de la naturaleza que se aflige y de la fe que consuela. ¿Por qué es sublime? Porque aun sobre las ruinas del hombre proclama altamente que, no siendo ésta la vida, tampoco esta muerte es la muerte. Estos ejemplos son tan instructivos, y frecuentemente tan útiles en el curso de nuestra existencia, que voy a citarte otro.

Bien sabes cuanto amaba a su madre el más grande de nuestros reyes, San Luis; y por cierto que jamás hubo ternura filial más justificada. Debía a los ejemplos y lecciones de su piadosa madre la conservación de su inocencia bautismal, con todos los tesoros que ella encierra para el tiempo y para la eternidad. Empeñado el santo rey en la cruzada contra los sarracenos, hallábase en Jaffa cuando supo la muerte de su made la reina doña Blanca, acaecida el primer domingo de adviento, 1.º de diciembre de 1262.

El Cardenal-Legado, Eudon de Chateauroux, que recibió el primero la triste nueva, tomó consigo a Gilles, Arzobispo de Tiro, guarda-sellos del rey, y a su confesor Beaulieu, del Orden de Predicadores. El Legado dijo al rey que deseaba hablarle en su cámara, en presencia de los otros dos. Por el aspecto triste de los tres conoció el rey que le traían alguna mala noticia.

Hízoles pasar de la cámara a la capilla, y se sentó delante del altar, y los tres con él.

Entonces el Legado represento al monarca las gracias que el Señor le había concedido desde su infancia, y entre otras la de haberle dado una madre, que tan cristianamente le había educado y con tanta sabiduría le había gobernado el reino. En fin, no pudiendo contener los sollozos y las lágrimas, le manifestó que su madre había muerto.

Al oír estas palabras, el rey dio un grito; enseguida, bañado en lágrimas, se arrodilló delante del altar, y juntando las manos, dijo con edificante devoción: «Gracias os doy, Señor, por haberme dado tan buena madre; os la habéis llevado cuando ha sido vuestra santa voluntad. Verdad es que yo la amaba más que a ninguna criatura mortal, como ella lo merecía; pero ya que así lo habéis querido, sea por siempre bendito vuestro nombre.»

Acto continuo, habiendo recitado el Legado una corta oración por la difunta, dijo el rey que deseaba quedarse solo en la capilla, y retuvo a su confesor. Siguió un rato meditando y llorando delante del altar, y su confesor le hizo presente que ya había dado lo suyo a la naturaleza, y que era tiempo de escuchar a la razón, iluminada por la fe.

Inmediatamente se levantó el rey y pasó al oratorio, donde solía recitar las Horas. Allí rezó todo el Oficio de difuntos con su confesor, el cual se admiró de que, no obstante el dolor que le embargaba, no cometió el rey ni un yerro en todo el largo rezo. A más de las numerosas exequias que hizo celebrar en Palestina por su madre, el santo rey envió a Francia un caballo cargado de pedrería, que se había de distribuir a las iglesias, demandando oraciones por su madre y por sí mismo[1]. Ved ahí el cristiano delante de la muerte.

A sus afirmaciones, tantas veces repetidas, deque esta vida no es la vida, nuestra admirable madre añade nueva fuerza con una palabra más significativa aún que la de *dormitorio*. El dormitorio supone el sueño, y éste significa vivir a medias. No basta esto a la fe de la Iglesia. Cuando los milagros la han cerciorado de que algunos de sus hijos ha llegado al término feliz de su peregrinación, llama al día de su muerte *natalicio*.

Cada una de las páginas de su martirologio repite la afirmación de la gloriosa inmortalidad. Ábrelo y leerás: «En Jerusalén, en Roma, en

1. *Hist. univ. de l'Eglise*, lib. LXXIV.

París, en Zaragoza, el nacimiento de tal o cual Santo o Santa, que tras de esta vida mortal o muerte viviente, entró en posesión de la vida verdadera».

Tan segura está la Iglesia de la felicidad de que gozan, que este día es para ella día de fiesta. Desplegando en su celebración todas las pompas de sus ceremonias, ¿qué es lo que hace? A la faz del cielo y de la tierra lanza a la muerte este sublime desafío: «¡Oh muerte! ¿Dónde está ahora tu victoria? ¿Dónde tu aguijón?»[1].

Te dejo, mi querido Federico, con esta elocuente protestación contra la abyecta filosofía, que rebajando al hombre al nivel de los brutos, limita la vida a la duración fugitiva de nuestra peregrinación terrestre, y considera la muerte como la vuelta a la nada.

Tu afectísimo...

1. 1 Cor., XV, 55.

CARTA DÉCIMAQUINTA

SUMARIO: La muerte no es sino una apariencia de muerte. — Inmenso consuelo de los que mueren. — La muerte gozosa debida al Cristianismo. — Ejemplos. — San Luis. — Berchman. — Alfonso Francisco, duque de Módena.

QUERIDO AMIGO:

Pues la vida presente no es la vida, sino apariencia de tal, tampoco la muerte es muerte, sino cosa parecida. En la fe de estas dos verdades, tan antiguas como el mundo, tan extensas como la humanidad, rechazadas solamente en los tiempos antiguos y en los modernos por los cerdos chicos y grandes de la piara de Epicuro, *Epicuri de grege porcus*, pero afirmadas incesantemente por la más alta autoridad que hay debajo del cielo, y es nuestra infalible madre la Iglesia católica; en esta fe, repito, se encierran todos los consuelos de la pobre humanidad; con-

suelos para los que sobreviven a sus difuntos más queridos, como ya lo hemos visto; consuelos para los que mueren, como lo vamos a ver.

Elevando hasta la evidencia la certidumbre de esta verdad, que la muerte no es sino una apariencia de muerte, el cristianismo ha hecho nacer un género de muerte desconocida de todo lo que no es cristiano: la *muerte gozosa.*

Entretanto que el pagano de hoy día, como el pagano de otros tiempos, tiembla con todos sus miembros al pensar en la muerte, y llegado el caso se retuerce desesperado en brazos de la muerte, y recibe el golpe mortal con la estúpida imprevisión del buey llevado al matadero, el cristiano ve sin temor acercarse la muerte, y la desea y muere lleno de gozo. A falta de otras pruebas, este solo contraste bastaría para demostrar la divinidad del Cristianismo.

Vamos, querido amigo, a visitar algunos cristianos en el lecho del dolor, donde esperan el fin próximo de su peregrinación, y no te asombres del espectáculo que vas a presenciar.

Tú sabes que el nuevo Adán, el caudillo de la humanidad regenerada, nuestro Señor Jesucristo, suspiraba por su muerte, que llamaba su bautismo. Vencedor de la muerte, y padre del siglo futuro, legó su espíritu a sus discípulos. Nadie ignora, excepto acaso los bachilleres

modernos, que el más ardiente deseo de San Pablo, después que volvió del tercer cielo, era el de romper los lazos que le retenían en el mundo.

Mas no tenemos que remontarnos a los Apóstoles, ni a los mártires, ni a los cristianos de los primeros tiempos; voy a buscar ejemplos más próximos a nosotros, y no serán menos elocuentes. Si no cito más que unos pocos, no por eso creas que esas muertes llenas de confianza y de alegría son muy raras. aun en nuestros días. Entre los cuatrocientos mil sacerdotes católicos habrá pocos, si hay alguno, que no haya tenido la dicha de presenciarlas muchas veces en el ejercicio de su ministerio.

En mi última carta hemos admirado la sublime resignación de San Luis al saber el paso a mejor vida de su tierna y santa madre. Veámosle ahora a él mismo en presencia de la muerte.

Había llegado el santo rey delante de Túnez, donde quería establecer el reinado de Jesucristo, cuando fue atacado de la peste que diezmaba su ejército. Desde que sintió acercarse su fin, se apresuró a dejar en orden los negocios del reino, y no se ocupó más que de las cosas de Dios. Después de haber recibido los Sacramentos con gran devoción, y con tal serenidad que respondía él mismo a las oraciones de la Igle-